tios (como en otra parte decimos), con cuartos altos y bajos y muy frescos jardines; tenía las paredes de cantería, la madera bien labrada, los aposentos muchos y muy espaciosos, colgados de paramentos de algodón, muy ricos a su manera. Había a un lado una huerta con mucha fruta y hortaliza; los andenes eran hechos de red de cañas, cubiertos de rosas y flores muy olorosas; había estanques de agua dulce con mucho pescado; tenía un estanque de cuatrocientos pasos en cuadro y mil y seiscientos de circuito, con escalones hasta el agua y hasta el suelo; acudían a los estanques muchas garzotas, labancos, gaviotas y otras aves que muchas veces cubrían el agua. Tenía esta ciudad diez mil casas, la mitad de ellas fundadas en la laguna salada y la otra mitad sobre tierra firme; una fuente en el camino de Mexico, rodeada de muy altos árboles, de buena agua. Miraba Cortés todas estas cosas con atención y consideraba la grandeza de Mexico y allí dicen que se alegró mucho y que dijo a algunos de sus más fieles amigos que estuviesen de buen ánimo pues tendrían presto el premio de sus trabajos.

CAPÍTULO XLVI. *Que Cortés parte para la ciudad de Mexico y el emperador Motecuhzuma le sale a recibir, y cómo se recibieron y las pláticas que entre ellos pasaron; y dejándolo aposentado en las casas de el rey Axayatl, su padre, se fue a su palacio y le vuelve a visitar y le hace un gran presente*

ESEABA MOTECUHZUMA extremadamente impedir la entrada de Cortés en Mexico y para ello usó de las diligencias referidas; y estando en Itztapalapan envió algunos caballeros que con disimulación le aconsejasen que se volviese por muchos peligros que le pusieron por delante, ofreciéndole darle cuanto quisiese. Entendió estas pláticas Teutl, caballero de Cempoalla, y díjole que no creyesen nada de los espantos y dificultades que le ponían, porque él había estado en Mexico y se ofreció de llevarle hasta el palacio del rey por una hermosa calzada; y comenzando a caminar mandó que un indio en la lengua mexicana fuese pregonando que nadie se atravesase por el camino si no quería ser luego muerto; lo cual aprovechó mucho para que, aunque la gente era mucha, holgadamente y sin embarazo se pudiese andar. Está Itztapalapan dos leguas de Mexico y se viene por una calzada por la cual caben holgadamente ocho caballos en hilera, tan derecha, que si no fuera por una rinconada que hace desde el principio se pudieran ver las puertas de Mexico. Están a los lados de ella Mexicatzinco, lugar en aquel tiempo de cuatro mil casas en el agua y Coyohuacan, que tendría otras seis mil asentadas en tierra firme, muy fértil, sano y alegre; y otro llamado Huitzilopochco, con cincuenta mil. Estos tres pueblos en su gentilidad tenían muchos templos y torres muy levantadas y encaladas que de lejos con el sol resplandecían como plata y adornaban mucho

los pueblos, y ahora son monasterios de religiosos franciscos, aunque Itztapalapan es administrado de clérigos y San Mateo, que es Huitzilopochco. Había en estos lugares gran trato de sal, no blanca ni buena de comer, especialmente para los castellanos, aunque provechosa para salar carnes; hácese de la superficie de la tierra que está cerca de la laguna que es toda salitral, como en otra parte decimos; los panes de ella son casi de color de ladrillo, redondos; era gran renta para Motecuhzuma y todavía tratan en ella, porque se lleva muy lejos; había en la calzada, de trecho a trecho, puentes levadizas sobre los ojos por donde corría el agua de una laguna a otra; la del agua dulce es más alta que la salada y aunque entra en ella no se mezclan mucho por las calzadas que están de por medio. Llevaba Cortés trescientos castellanos (aunque Gómara dice que eran cuatrocientos); y cuando salieron de Tlaxcalla parecieron tan pocos a Cortés que pensando que se le quedaban algunos envió a Pedro de Alvarado para que los hiciese salir y no halló ninguno. Eran, como se ha dicho, seis mil indios amigos, los cuales le seguían porque en Cholulla se le habían juntado otros tlaxcaltecas y cholultecas y de otras partes. Llegó cerca de Mexico adonde se junta otra calzada con ésta, y allí estaba un baluarte de piedra, de dos estados de alto, con dos torres a los lados y en medio un pretil almenado con dos puertas. Aquí se detuvo Cortés porque le salieron a recibir cuatro mil caballeros cortesanos, ricamente vestidos de una misma manera; cada uno como llegaba, adonde Cortés estaba, tocando la tierra con la mano derecha y besándola se humillaba y pasando adelante volvía al lugar donde había salido; tardaron en esto una grande hora y fue cosa de ver (y en este lugar asentó después Cortés el campo cuando sitió a Mexico).

Desde el baluarte se sigue todavía la calzada y tenía antes de entrar en la calle una puente de madera levadiza de diez pasos de ancho, por el ojo de la cual corría el agua; es ahora de piedra y está cerca de las casas que labró Pedro de Alvarado, que son las que llaman de Salcedo, junto de la ermita de San Antón. Hasta esta puente salió el rey Motecuhzuma a recibir a Fernando Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro con mucha argentería colgando; llevábanlo cuatro señores sobre sus cabezas, iban delante tres señores, uno tras otro, cada uno con una vara de oro, levantada a manera de cetros (las cuales llevaba delante de sí Motecuhzuma, todas las veces que salía fuera, así por agua como por tierra, en señal de guión y muestra que el gran señor iba allí, para que los que le topasen aunque no le viesen hiciesen la reverencia que debían). Llevábanle de los brazos dos muy grandes señores, Cuitlahuac, su hermano y otro; iban ricamente vestidos y de una manera, salvo que el rey llevaba zapatos de oro que ellos llaman cacles y son a la manera antigua de los romanos; tenían gran pedrería de mucho valor, las suelas estaban prendidas con correas; los dos señores que le llevaban iban descalzos, porque era tan grande el acatamiento que se le tenía que ninguno entraba adonde él estaba sin descalzarse los zapatos, ni osaba levantar los ojos; iban criados suyos, de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo para que no pisase la tierra; iban a mediano trecho doscientos señores como en procesión, todos

descalzos detrás de él y con ropas de otra más rica librea que tres mil que iban delante. Motecuhzuma iba por medio de la calle y los doscientos de detrás arrimados cuanto podían a las paredes, los ojos en tierra porque era desacato mirarle a la cara. Cortés, a mediano espacio, en descubriéndole se apeó de presto del caballo con algunos caballeros y como se juntaron llegó a hacerle reverencia, conforme a la costumbre castellana. Los que le llevaban del brazo le detuvieron porque les pareció que era gran pecado que hombre alguno le tocase, porque le tenían como a cosa divina, y saludándose el uno al otro, a su modo, poniendo Motecuhzuma la mano en tierra y besándola (ceremonia entre los indios muy usada) y dándose la bienvenida y dándole Cortés las gracias por salirle a recibir, con mucho comedimiento le echó al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio y esmalte. Inclinóse algo Motecuhzuma, mostrando con real majestad que recibía el presente; fuese adelante un poco con el sobrino que le llevaba de el brazo y mandó al otro que se quedase acompañando a Cortés; llevábale por la mano por medio de la calle no consintiendo que castellano ni indio se llegase; y ésta fue la mayor honra que Motecuhzuma (siendo tan gran príncipe) pudo dar a Fernando Cortés. Los doscientos caballeros de librea que iban detrás, en volviendo la cara uno a uno, comenzaron a darle el parabién de la llegada y no acabaran aquel día si toda la nobleza de la ciudad hubiera de hacer lo mismo; pero como el rey iba delante, volvían todos la cara a la pared por la veneración en que le tenían y así no osaron llegar los demás que quedaban a trás. Holgóse mucho el rey con el collar que le dio Cortés, porque aunque no era rico, era galano y vistoso y para él muy extraño; y por no parecer que faltaba al oficio de gran príncipe llamó a dos camareros y les mandó traer dos collares de camarones colorados, gruesos, como ordinarios caracoles o como nueces, que ellos tenían en mucho, de cada uno de los cuales colgaban ocho camarones de oro, muy al natural labrados, de a jeme cada uno; y traídos paró el rey hasta que llegó Cortés y con sus proprias manos se los echó al cuello. Los indios se maravillaron mucho de que Motecuhzuma hubiese hecho a Cortés tan señalado favor, porque nunca le había hecho a otro; y con esto iba con ellos adquiriendo reputación.

Acababan ya de pasar la calle que duró un tercio de legua; era ancha, derecha y muy hermosa, con casas por ambas aceras. Tiene Mexico (como se ha dicho en su lugar) las mejores casas y calles a una mano, de cuanto se sabe que hay poblado en el mundo. A las puertas, ventanas y azoteas de tan largas aceras había de hombres y mujeres tanta multitud que los unos ponían admiración a los otros; ellos se maravillaban de la extrañeza de los nuestros, de sus barbas, rostros y vestidos, de los caballos, armas y tiros, y decían: dioses deben de ser éstos que vienen de donde el sol nace. Los viejos y que más sabían de las antigüedades y memorias de su gentilidad, suspirando decían: éstos deben de ser los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras; pues siendo tan pocos son tan fuertes que han vencido tantas gentes. Los castellanos iban espantados de ver tanta multitud, cuanta jamás habían

imaginado; llegaron a un patio muy grande, que era recámara de los ídolos, que fue la casa de Axayacatzin, padre de Motecuhzuma; a la puerta tomó el rey de la mano a Cortés, metióle dentro a una muy gran sala, púsole en un rico estrado de oro y pedrería, y díjole: en vuestra casa estáis, comed, descansad y habed placèr, que luego vuelvo. Fernando Cortés, sin responderle palabra, le hizo gran reverencia. Y éste fue el recibimiento que aquel poderoso príncipe hizo en esta gran ciudad de Mexico, a ocho de noviembre de el año de mil quinientos y diez y nueve, a Fernando Cortés, el cual fue aposentado con su gente, castellanos e indios, en una tan gran casa, que aunque parece increíble había salas con sus cámaras que cabía cada uno en su cama, ciento y cincuenta castellanos; y lo que era mucho de ponderar que con ser tan grande la casa estaba toda ella, sin quedar rincón, muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores, con camas de esteras con sus toldillos encima; porque a nadie se daba más cama por gran señor que fuese, porque no la usaban. En todos los aposentos había fuego con perfumes y tantos hombres de servicio en cada parte que se mostraba bien la grandeza de aquel príncipe. Ido el rey, señaló Fernando Cortés el aposento a cada uno; puso el artillería frontero de la puerta; y cuando hubo ordenado lo que era menester, sirviéndole los principales de los oficios que suelen tener los tales en casas de grandes señores, los demás por el autoridad y respeto de Cortés y por lo que entonces convenía, estaban arrimados a las paredes. Finalmente, después que todos hubieron comido y reposado volvió Motecuhzuma y le salió a recibir Cortés; fueron juntos hasta el estrado y sentados entrambos, en presencia de muchos caballeros mexicanos y de los principales capitanes y soldados de Cortés, Motecuhzuma dio a Fernando Cortés muchas y muy preciosas joyas de oro, plata y pluma y seis mil ropas de algodón, muy ricas; y dándole las gracias por tan gran presente en que mostró Cortés mucha discreción y urbanidad, Motecuhzuma, volviéndose a Fernando por las lenguas de Aguilar y Marina, dijo lo siguiente:

CAPÍTULO XLVII. *De lo que el rey Motecuhzuma dijo a Cortés y lo que Cortés le respondió, y cosas que en esta vista pasaron*

EÑOR CAPITÁN VALEROSO y vosotros caballeros que con él venisteis, testigos hago a los caballeros y criados de mi casa que huelgo mucho de tener tales huéspedes para poderos hacer la cortesía, según vuestro merecimiento; y si hasta ahora os rogaba que no viniésedes a Mexico, era por el gran miedo que los míos tenían de los vuestros; porque aliende de cada uno de ellos puede vencer a muchos de los nuestros, los espantábades con la novedad de vuestros trajes y personas y de esos animales que traéis mayores que venados; y porque con los rayos de el cielo haciades